

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Flores Cordiales

HEMEROTECA
MUNICIPAL
DE MADRID



MELONIA

15 céntimos.

Se publica los domingos.

¡¡¡LEED!!!

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

En el próximo número publicará FLORES CORDIALES varios anuncios.

De cada uno de ellos habrá una errata en cinco ejemplares distintos del semanario, que dará derecho á los que tengan la suerte de adquirir cualquiera de éstos al cobro de cinco pesetas presentando el comprobante.

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

LA HERNIA

UN INVENTO VERDAD

El director del Instituto Moderno, plaza de Santa Ana, 11, principal, Madrid, **GARANTIZA** la contención absoluta de las hernias (quebraduras), por voluminosas y difíciles que sean, con el **invento Litter**, y lo somete al examen de todos los señores **médicos**. La **curación radical**, no, porque es imposible en los adultos. El **vendaje Litter**, que no se parece á ningún otro, permite los trabajos más rudos, incluso montar á caballo; evita todos los peligros, es **invisible** y se puede dormir con él sin molestia. El **invento Litter** lo recomiendan todos los médicos y cirujanos del mundo, por ser el aparato más científico, cómodo y seguro.

Unico en España para la venta y aplicaciones, Instituto Moderno Madrid, Despacho: de 10 á 1 y de 3 á 7. Folletos gratis. Faja ventral (premiada) Litter, para señoras de vientre caído y delicado.

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administración:
San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

Apartado de Correos, número 48.

GERENTE: R. LÓPEZ MORA DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

LA HISTORIA N VERSO

“LA MELONIADA,” POEMA HEROICO

Para nadie es un misterio que el emperador Tiberio fué hombre sañudo y despótico y, aunque señor de un imperio, esclavo del dios erótico!...

«La razón atropelló, la virtud escarneció (cual Don Juan Tenorio aquí), y en todas partes dejó memoria amarga de sí!...»

Conquistador furibundo, tomaba tan por lo serio sus caprichos, que aún el mundo —si habla de un hombre iracundo— dice: «¡Arma cada tiberio!...»

¡No fué chico el que se armó cuando aquel tirano cruel

á MELONIA conoció, pues (á sus costumbres fiel) por ella se *amelonió*...

Después de armarse el tiberio ante la gentil belleza de MELONIA, su pureza le sublevó... y el imperio subiósese á la cabeza.

Y es que, por ley del amor, la inocencia y el pudor nos hacen descarrilar... ¡y aun el que es emperador se tiene que *ameloniar*!

Por casta, joven y bella, la amó Tiberio; mas ella no le hizo caso maldito, ¡y él presentó una querrela

en la *Comi* del distrito!

Acude Tiberio allí convertido en una furia. Pregúntale: «¿Me odias?» «Sí», contesta la virgen... ¡Y Tiberio, entonces, la injuria!

Con palabras bochornosas y frases escandalosas, la acusa de libertina y á vuelta de otras mil cosas, ¡la compara á Mesalina!...

Viéndose así calumniada, MELONIA, con una espada, se atraviesa el corazón... como si fuese un melón. ¡Y aquí no ha pasado nada!

Carlos MIRANDA.

MI PARÁCLETO



con desigualdades y con privilegios.

Cuando un gobernante entra á saco en el vedado de

las costumbres y cree en la necesidad de reformarlas, es que considera menores de edad ó incapacitados á los ciudadanos, ó de tal modo corrompidos que es preciso imponerles con toda su brutalidad el aforismo romano que se refiere á la defensa de la salud pública. De esto á declarar imbécil é ilota á todo un pueblo, no hay más que un paso. Y puesto que tan grave confesión está implícitamente en las últimas páginas de la *Gaceta*, no he de ser yo quien la discuta ni la contradiga.

Es cierto que la taberna tiene en Madrid caracteres de epidemia. Las hay á centenares, á cada paso, por docenas en cada calle, y en ellas se queda lo más del jornal obrero, se depaupera la raza, se engendra la criminalidad y se presta asilo á la golfería. Está bien: ciérrense las tabernas, declarándolas comercio ilegal. Pero declararlas lícitas hasta media noche y los días de trabajo, y vitandas y perniciosas los domingos y las ma-

drugadas, me parece ilógico y candoroso. Parodiando á Víctor Hugo puede decirse que el que es borracho, lo es, y con las pragmáticas flamantes no lograremos más sino obligarle á variar las horas de pescarla redonda.

Además, ¿con qué derecho se manda cerrar la taberna y se deja abierto el casino? ¿Puede haber, y más en un país como el nuestro, una legislación para el señorito y otra para el trabajador? No sólo puede haberla, sino que la hay de hecho y de derecho, y eso sí que es inmoral y eso sí que es corruptor. Pasados ciertos umbrales el juego es lícito, la borrachera es lícita, y la bacanal, no sólo es lícita, sino que parece una gracia de buen tono que la policía misma se encarga de amparar y de encubrir. Hay en Madrid, no uno, sino dos ó tres centros aristocráticos, cuyos sótanos han visto y ven todas las noches, las desnudeces de cuanta infeliz se lanza á la explotación de su cuerpo y de cuanta bailarina ó cupletista célebre ha venido á esta corte de pan llevar.

No hay cosa más empalagosa que la moral á medias, ni nada que eduque á las gentes en las maldades de la hipocresía como respetar el vicio que se oculta y perseguir sólo el escándalo, demostrando que en nuestro medio social para ser persona decente basta aparentarlo. Mayores vergüenzas que la de la embriaguez padece nuestro pueblo, y á esas no se les toca. Es cosa fácil y cómoda declarar incapacitado para gobernarse por sí mismos y gozar de libertad, regulando cada uno sus costumbres á su antojo, á ciudadanos á quienes el Estado no educó en tiempo debido. Todavía más eficaz que reglamentar las horas del vicio, hubiera sido crear escuelas dominicales y nocturnas de adultos y centros de lectura en cada calle, frente á cada taberna, si esto fuera posible. Pero, jamás se hará esto, porque la ética española—una ética que explica toda nuestra historia desde la decadencia de los Austrias—necesita y quiere que el pueblo sea morigerado y virtuoso, pero bruto.

¡Bruto, ante todo! Por higiene, por economía, por la necesidad de crear el espíritu del hogar y el amor de la familia, era necesario que el obrero no pisara la taberna donde se envenena y se corrompe; pero, ante todo, sería de justicia averiguar si el café y la taberna no son lugares más higiénicos que el cuartucho ruinoso y obscuro y pestilente donde las autoridades toleran que viva nuestro pueblo, amparando á S. M. El Casero, señor de horca y cuchillo en esta desvencijada capital de España. Habría razón para censurar al obrero que busca una legítima expansión en la taberna, si este obrero tuviera al mismo bajo precio con que se le paga su trabajo, una casita donde el sol entrara llevando cada mañana al hogar la alegría de Dios, y dos metros siquiera de jardín en que pudiera crecer un árbol plantado de su mano.

Y da pena ver cómo estos hombres formidables que gobiernan la harta apabullada tribu española se empeñan en que tengamos todas las apariencias de la civilización, todas sus fórmulas externas, todo lo que habrá en Marruecos dentro de poco y lo hay ya en el Senegal y en la Zululandia: telégrafos, teléfonos, ferrocarriles, tranvías eléctricos, régimen de vida ordenado y afano-

so. Pero, al mismo tiempo, se cuidan bien de que el espíritu de la civilización, que es la cultura, y con ella la independencia del pensamiento, no llegue ni encarne en nuestra aristocracia, ni en nuestra clase media, ni en nuestro pueblo. Sistemáticamente se deja en la ignorancia á cuantos por su propio esfuerzo no quieren educarse; se prohíbe ir á la taberna, pero no se manda inexorablemente ir á la escuela. Sistemáticamente se tiene en la pobreza y en el desdén público al maestro de escuela, y sistemáticamente se lleva á los altos puestos á los espíritus livianos que no han escrito un libro, ni tenido una sola idea en todos los días de sus vidas estériles é inútiles. No hay nada más indigno ni más inmoral que este triunfo permanente de la mediocritud á la que se ha entregado la dirección del país, dándose premios al linaje, á la adulación, á la osadía, á la asiduidad... El sultán de Turquía, el shah de Persia y el bey de Túnez, no presencian otro espectáculo distinto en sus pueblos mediatizados...

Dionisio PÉREZ.

ORIGEN DEL CAKE-WALK



Sí, señor, las guachindangas
primas carnales del oso,
trajeron el primoroso
cake walk de las Pampangas.

CARTA FALLADA

—Esto es pan comido. Usted tendrá cincuenta mil papeles escritos por su señora: no hay más que llevarlos y que los peritos calígrafos digan que el testamento y esos papeles son de la misma mano.

—Claro que lo dirán, —contestó Don Gumersindo.— Porque mi pobre Juana era incapaz de escribir unas veces con la mano derecha y otras veces con la izquierda.

De este calibre eran todas las ocurrencias de Don Gumersindo; y el abogado, por no oír otra, le llevó suavemente á la puerta.

Volaba el señor Rodón camino de su casa, ansioso de confundir á los taimados parientes de su mujer, cuya herencia, importante veinticinco mil duros, le disputaban, alegando que era falso el testamento de la hermosa Doña Juana (fué, en efecto, una real moza), que había muerto sin hijos á los treinta y cinco años.

Don Gumersindo entró en su casa como una tromba.

Cartas de noviajo nunca se habían dirigido él y la difunta; pero echaría mano de la agenda de la ropa blanca, apuntes, cualquier cosa...

—Cayetana, —dijo á la vieja que le servía— traiga usted á mi despacho todos los papeles que haya en casa, escritos por mi mujer, que esté en gloria.

Ya llevaba Don Gumersindo media hora de revolver cajones infructuosamente, cuando Cayetana entró en el despacho con un lío de papeles de color de hoja seca.

—A ver... Pero, ¿qué trae usted aquí?

—Los papeles de la señorita. Estos grandes son para cortar vestidos, y estos pequeños son los que sabe el señor que la señora usaba para...

—¿Quiere usted irse al demonio?

Cayetana no quiso irse al demonio, y se fué á la cocina.

Y Don Gumersindo no encontró otros papeles de su mujer. Ni siquiera la consabida receta: «Cogerás una docena de huevos...»

Que no hay quien los coja.

—¿Pero es que mi mujer no apuntaba nada? — se preguntaba desesperado el pobre viudo ó, si se quiere, el viudo pobre.

Revolvió los trastos de la bohardilla, importunó á las familias amigas... Todo inútil.

—¡Ah, qué idea! ¡Los periódicos!

Y Don Gumersindo redactó seis ó siete veces un anuncio ofreciendo gratificar á quien le presentase un escrito firmado por Doña Juana Echaurre.

A los tres días se le presentó un joven completamente afeitado y con melenas.



—Soy dependiente de *La Esbirra*, sociedad de información, y vengo á traer á usted lo que busca.

—¿De veras? —preguntó el inconsolable, saliéndole á la cara el sobresalto.

El desconocido sacó de su cartera un papel, lo dobló de modo que sólo se pudieran leer los últimos renglones, y lo puso ante los ojos de Don Gumersindo.

—¡Sí! ¡sí! ¡Qué alegría! Una carta de mi mujer. Con sus mayúsculas á todo pasto.

Y ya iba á cogerla, cuando el agente de *La Esbirra* se la guardó de nuevo y dijo fríamente:

—Mil duritos.

—¿Qué? Pero señor...

—Usted va á coger veinticinco mil.

Don Gumersindo sudaba, porque no tenía las cinco mil pesetas y el *esbirro* quería un toma y daca.

Quedaron citados para las ocho de la mañana del día siguiente, hora en la cual Don Gumersindo, á pesar de tener los mil duros en el cajoncito de la mesa de noche (habiendo firmado *tres mil* á un usurero de conciencia), y á pesar de haber tomado el chocolate, se sentía tan quebrantado que recibió en la alcoba al agente y le puso en la mano los cinco billetes de mil pesetas.

El melenudo los guardó y entregó un sobre á Don Gumersindo.

La emoción no le permitía romperlo. Por fin, lo logró y sacó la carta que decía así:

«Querido Luis: Gumersindo se va esta noche á Aranjuez y No volverá hasta el Miércoles. Por consiguiente, tendremos todo el día á Nuestra disposición.»

»Siempre tuya que te ama,

»JUANA.»

El *esbirro* había desaparecido.

Los lectores dispensarán á la pobre Doña Juana sus faltas de ortografía, teniendo en cuenta que escribía poco.

Y malo.

F. SERRANO DE LA PEDROSA



LA HIGIENE

La Humanidad es como esos enfermos que se pasan el tiempo cambiando de postura.

Después de la época del romanticismo, que coincidió con los pronunciamientos y las novelas por entregas, vino el materialismo, escuela filosófica que se complementó con Doña Baldomera, y la apertura de los *restaurants* económicos; y tras esta preocupación nació y se extiende creando poderosas industrias el higienismo.

La higiene empezó por dar consejos y acaba dictando leyes; rompió el cercado de la ciencia y anegó al vulgo.

—No fumar, no escupir,—os ordenan imperiosos letreros en todas partes; y el afán desinfectante llega al punto de poder escuchar por la calle no el «Adiós, salero» con que se saluda á las mozas de trapío, sino «Adiós, salol».

En el café os sirven bien envuelto con papeles el azúcar hecho de finísimo hueso; por doquiera que llevéis la vista tropiezan vuestros ojos escupideras con estalactitas, ventiladores enloquecidos renuevan el aire y reparten pulmonías, y el periódico que leéis para regocijo del espíritu os ilustra diciendo: «El beso es un peligro de contagio, la moneda es un mundo de microbios». ¡El beso y la moneda, los dos ejes sobre que gira toda la humanidad, amenazándoos con la tuberculosis, el tífus, la gripe!

¿Os place que la mitad más cara del género humano se aderece y componga para encanto de los ojos? Pues eso es contra la higiene de la mujer: el corsé que adelgaza el talle, levanta el busto y redondea las caderas, es un artefacto mortal; la mujer sana debe llevar el pecho á la funerala. El zapato que aumenta la estatura y disminuye la huella, es un enemigo de la salud; la mujer higienista debe confundirse por los pies con un canónigo de la catedral.

Un helado, cuando se tiene calor, es el veneno de los Borgia: hay que aguardar á refrescarse en el invierno, es decir, cuando ya no hace falta el helado. Comer hasta saciar el apetito es ser candidato á gotoso; no comer lo suficiente es aspirar á neurasténico. Abrigarse es expuesto á catarros; no abrigarse es exponerse á un resfriado.

Aquellos dorados calentadores que á vuestros abuelos servían de prólogo para acostarse y sahumaban tibia y dulcemente las sábanas, están severamente prohibidos. El lecho conyugal, si ha de ser sano, tiene que estar como los rubies, partido por gala en dos. El agua ha de ser hervida, la leche pasteurizada, y hasta el vil-carbonato tiene que estar como un célebre arzobispo y el coro de los ángeles, químicamente puro, si ha de surtir efectos detonantes.

Tantos preceptos, tantas leyes, han encogido el espíritu de muchos encariñados con la vida. Hay hombre que esteriliza los vasos con la llama de una cerilla; que lleva los bolsillos repletos de ácido fénico y las narices atascadas con algodón *forman*; que esteriliza el calzado, la comida, y aborrece á su mujer porque no ha podido esterilizarla y cada día es más fecunda.

Estos higienistas no se contentan con esclavizarse á sí mismos: quieren difundir en todo el mundo la misma manía.

—¡Desgraciado!—dice uno de ellos á un su amigo.—¿Acabas de dar la mano á Fulánez?

—Sí.

—¿No has notado en ella algo viscoso y húmedo?

—Sí, pero es que las tiene él así, á la vinagreta, en salsa fría.

—Eso debe ser síntoma de alguna enfermedad.

—Una enfermedad nacional: ha disfrutado destinos con buen sueldo y manos puercas.

—Pues para darle la mano hace falta valor.

—No, sólo hace falta una cosa muy corriente: no tener aprensión.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO

SANSON Y DALILA

I

Había en cierta feria una barraca de esas en que á la gente se sonsaca con mil exhibiciones portentosas de fenómenos, bichos y otras cosas. Y de la tal barraca ante la puerta la gente estaba con la boca abierta, escuchando el discurso de un mocete, que era tuerto y hablaba de falsete.

—Pasen todos á ver el megaterio á la barraca del Celeste Imperio: aquí todo es *de allá...* selecto y fino; me explicaré mejor: que todo es chino; y aunque yo me he criado en Castro-Urdiales, de Pekín me trajeron en pañales...

Pasen aquí, señores, formen fila, que ahora saldrá Sansón, después Dalila, y ya comprenderán, al ver su traza, que son chinos los dos de pura raza.

Verán de Piriñaca el baile exótico, magnífico, fantástico, estrambótico. Con que no tomen sol, que aquí está fresco; no cuesta más que un real: ¡todo es chinesco!

Cuando acabó de hablar el mozalbate, cada cual fué comprando su billete. Guardó los cuartos el chiquillo tuerto, guiñó el ojito que tenía abierto, y dijo, levantando la cortina:

—¡Señoras y señores, á la China!

II

Se acomodó la gente en la barraca, salió á bailar la hermosa Piriñaca, Sansón entonces sacudió su trenza, como diciendo «¡A mí no hay quien me venzal!», y cual si fuese una ración de sopa, un plato se tragó lleno de estopa; bailó después el tuerto con Dalila

la pintoresca danza de «la anguila»,
una danza, que, á mas de pintoresca,
resultaba muy viva y muy chinesca.

Salió otra vez Sansón, cogió un garrote
y se le zambulló por el gañote,
é hizo otras experiencias no muy finas
y que fueron también un poco chinas.

—Ahora verán ustedes,—dijo el tuerto—
que lo que aquí se ofrece todo es cierto.

De Dalila mirad la ligereza:
se le sube á Sansón á la cabeza;
mas no miréis con malas intenciones,
porque la artista lleva pantalones.
Ahora voy á enseñar el panorama
que ha llegado á lograr tan justa fama
en London, en Bruselas, en Corinto.
en Nicaragua, en México y en Pinto.

III

Y después de función tan sorprendente,
poquito á poco se marchó la gente.
Quedó entonces el tuerto en la barraca,
con Dalila, Sansón y Piriñaca.
Llegó la noche, y el Celeste Imperio
quedó envuelto en las sombras del misterio;
mas Dalila y Sansón se despertaron
y este curioso diálogo entablaron,
pero no en el idioma de Confucio
sino en claro español, un poco sucio.

—Ya sé que te las traes con el *Lenteja*
y que se va enredando la madeja.

—No sé por qué le tienes tal coraje.

—Yo al *Lenteja* me como en un potaje.

Y Dalila le dijo con voz ronca:

—¡Me parece, Sansón, que va á haber bronca,
pues siempre que tan bravo te me pones
te aplaco la bravura á pescozones!

Quiso Alcides gritar en su arrebato;
pero Dalila se quitó un zapato,
pues para dar una ración de suelas
es lo mismo Pekín que las Peñuelas.

Cuando hubo el vapuleo concluído
el Hércules quedó muy dolorido,
pero al fin la paliza fué un beleño,
y al terrible Sansón le rindió el sueño.
Entonces, un papel sacó Dalila
y se puso á leerlo muy tranquila,
y decía la carta de esta suerte:

«Díme, hermosa mujer, dónde he de verte,
porque me tiene loco tu belleza
y voy estando mal de la cabeza.

Soy rico, me encaprichan tus cabellos,
una trenza no más quisiera de ellos,
y si tú, bella artista, comprendieses
lo excéntricos que somos los ingleses,
verías que son cosas naturales
que ofrezca por tu trenza dos mil reales.»

Y Dalila exclamó:—Ya no hay apuros;
yo me voy á ganar esos cien duros,
y de este modo, si Sansón me deja,

luego los gastaré con el *Lenteja*.
Y con unas tijeras de buen filo,
á Sansón, que dormía muy tranquilo,
le pegó dos ó tres tijeretazos,
cortó la trenza, la prendió dos lazos
y después de acabar aquel desmoche,
se la mandó al inglés aquella noche.

IV

El caprichoso inglés recibió el pelo
sin sospechar la burla ni el camelo,
y dijo al contemplarlo entusiasmado:
—¡Qué buen pelo tendrá, cuando esto ha dado!
Y acercando á sus labios los cabellos,
mil besos delirantes puso en ellos,
con gran amor y con afán profundo,
pues todo es ilusión en este mundo.

Entre tanto, Sansón se despertaba
y la mano á la nuca se llevaba,
y la falta al notar de aquel colgajo,
exclamó enfurecido: ¡Qué trabajo!
Dijo otras cosas más algo mohino,
y entonces me parece que habló en chino
y añadió en español:—¡Oh, qué vergüenza!
¿De qué sirve ya un chino sin la trenza?

Juan REDONDO Y MENDUINA.

UN MOSQUETERO



A Flandes va el zaragata
Mizifuf mayando albricias,
perdido por las caricias
de una hermosísima gata.
Y volverá el mosquetero
con sus amores logrados,
para andar por los tejados
cuando llegue el mes de Enero.

NUESTRO JARDIN



Flor de higuera.



Flor de alcornoque.]



Raíz de alfalfa.



Flor de lila.



Flor de alcachofa.

EN LA CONFITERIA

Desde detrás del mostrador, una respetuosa vocecita infantil interrogó:

—¿Qué desea usted?

Repuse:

—Medio kilo de dulces variados.

—Muy bien...

Hábil y solícito el dependiente, armado de unas pinzas de plata, comenzó a colocar en la cajita de cartón que yo había de llevarme las ricas yemas de coco consteladas de brillantes puntitos argentinos, las de huevo, amarillas como topacios, los merengues melosos teñidos levemente de rosa por la sangre bermeja de las fresas, las frutas de matices diversos. En las estanterías del establecimiento, sobre el mostrador, por todas partes, aparecían cuantos caprichos inventó el instinto goloso del hombre: largas bandejas cargadas de dulces, ramilletes policromos, complicados y esbeltos, como catedrales de azúcar, altos frascos de cristal llenos de caramelos y de bombones, pasteles de variadísimos nombres y trazas, caprichos de hojaldre, panetelas molles de apetitoso sabor...

Entre tantas tentaciones del paladar, el niño que me servía traginaba impasible. Era un muchacho de catorce a quince años, muy delgado, lívido, metido en una larga blusa blanca. Sus labios no tenían color, sus mejillas lampiñas parecían de cera; un desencanto enorme, ese aburrimiento incurable, definitivo, que caracteriza el rostro de los millonarios viejos, empañaba la expresión de sus ojos quietos y profundos, agrandados por la sombra violeta de las ojeras.

Tanta tristeza me conmovió. ¿Estaría enfermo?... Quise decirle algo que le obligase a sonreír.

—¡Buenos hartazgos de dulces te darás cuando el «maestro» no te vea!—exclamé—. Cierto estoy de que todos los chicos del barrio envidian tu suerte de vivir aquí ..

Melancólico, con una laxitud de enfermo, repuse:

—A mí no me gustan los dulces.

—¿No?

—No, señor.

—¡Caso más raro!

—Así es, sin embargo.

Habló débilmente, como quien tiene el fuego de todos sus entusiasmos apagado, y por sus facciones cenceñas y blancas pasó ese abatimiento con que los hombres de mundo hablan de su primera esperanza muerta.

Apareció el confitero, un buen señor, abermellado y gordo.

—Le felicito a usted, —exclamé—. Acabo de saber que su dependiente no es goloso. Para un confitero, un muchacho que aborrece el dulce es un hallazgo.

Mi interlocutor, irónico y envanecido, prosiguió:

—Este chico, como todos los de su edad, se parecía por las golosinas. Yo, suponiéndolo así, le dije el primer día que entró a mi servicio: «Durante una semana te doy permiso para comer todos, absolutamente todos los dulces que quieras.» ¡Figúrese usted!... A los dos días

atrapó una indigestión que a poco se muere. Pero ahí le tiene curado de su afición: aquello fué como una vacuna. Ahora no hay quien le haga comer un confite...

La seguridad de que nadie le robaba hacía sonreír al comerciante con expresión gozosa. Yo observé al muchacho, que miraba a su amo, y en aquellos ojos tristes había un reproche, un rencor. Parecían decirle:

«¿Por qué me quitaste esa afición a los dulces que proporciona a la infancia tantas alegrías? ¿Por qué me robaste ese deseo? ¿Acaso no soy yo niño también? ..»

Yo ofrezco a los padres y a los maestros la lección de alta pedagogía que, sin sospecharlo, me dió el confitero aquel.

Cuando niños, amamos los juguetes y los dulces, las pedreas, las correrías al aire libre, con los libros de la escuela al hombro y la honda belicosa en la mano. De mozos, nos atraen las mujeres y los viajes, el juego, que llama a la fortuna, la gloria, que llama a la posteridad.. Pero las relaciones entre el «sujeto» ávido de sensaciones y el ambiente que le rodea, son las mismas.

Eduquemós, pues, a la juventud, como aquel confitero ladino educó a su dependiente. Más hermosas que flores, más dulces que panales, son las mujeres que embellecen el banquete de la vida. ¡Dejad que la mocedad coma hasta saciarse en el alegre festín! Que lo vea todo, que conozca todos los caminos, que se asome a todas las ilusiones. De los satisfechos únicamente, de los ahitos, nacen los maridos correctos, los padres ejemplares.

Pero mientras ese momento llega, «vivamos la vida», y vivámosla sin freno. ¿Para qué arrepentirnos prematuramente, si más tarde, fatalmente, el cansancio ha de limpiarnos de pecado?

El cimiento más firme de la virtud es la ausencia de deseos. Y el arrepentimiento ¡oh, ironía de las cosas! que encerró en Yuste a Carlos V, no es más solemne que la indiferencia con que aquel muchacho, aprendiz de confitero, bosteza ante las anaqueladas repletas de dulces...

Eduardo ZAMACOIS

QUISICOSAS

En amores, el más aventajado
es todo aquel que miente,
pues tengo ya observado
que pierde más quien dice lo que siente.

* *

Engaños son los sueños, pero es cierto
que hay más engaño en el soñar despierto.

* *

Ese varón tan ducho
nunca tendrá camisa
pues por poco jornal trabaja mucho,
y puesto a andar camina muy de prisa.

* *

No vengas, niña, ahora,
brindando vanidades a mi anhelo:
un corazón que llora
no admite otra moneda que el consuelo.

F. IRIARTE REINOSO.

HOJA COMICO-POLITICA

POLITIQUEO

Con eso de los vinos se ha metido el Sr. Osma en un lagar del que seguramente va á salir atufado.

Toca ha empezado á folletearle, embarazando á sir Williams de modo que le será difícil dar á luz, en el período marcado, los proyectos cuya gestación tantos disgustos cuesta al padre putativo.

Y malo es que el incontinente alcalde tenga montado en la nariz al ministro de las finanzas, porque D. Joaquín es de los que se suenan fuerte y tiran la pituitaria antes que aguantar sobre ella, pulcramente escarranchado, al protector de las azucareras.

El dulce D. Guillermo, á los requerimientos del presidente del Ayuntamiento, zarandea coquetón el cuerpo moviendo los faldones de la levita, pensando que la égida de Maura le cubre, importándole poco de los empujones de Toca.

Veremos, al cabo, cómo queda la cuestión.

**

La clausura de las tascas á la hora del punto de la media del Sr. Lacierva, disminuyendo el consumo, hará que llegemos á beber casi de balde el zumo de la uva.

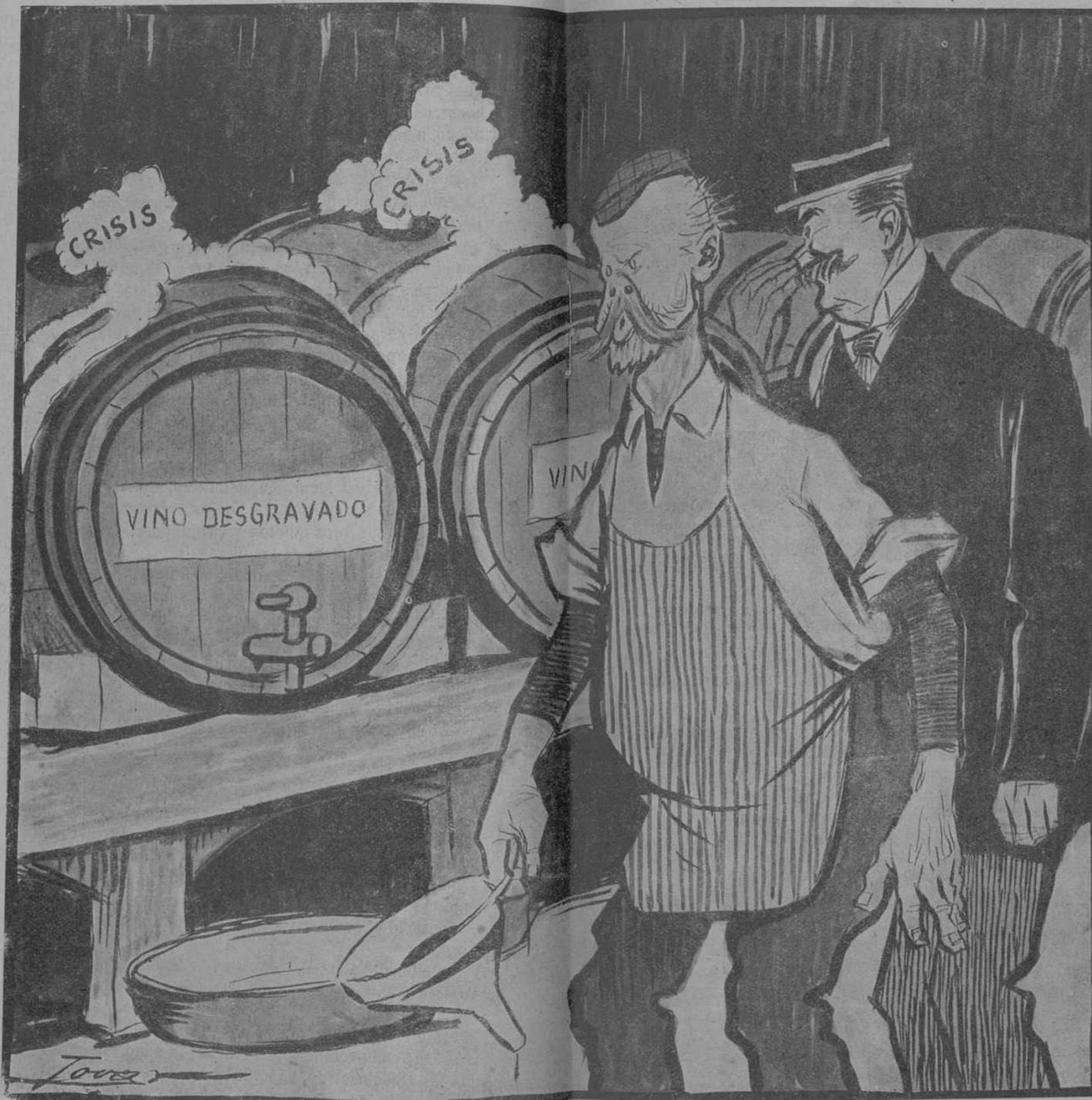
La inundación del riquísimo líquido que cantó Noé entre papalina y papalina, va á dejar tamañita la reciente del Guadalmedina.

Sé de muchos dueños que harán la venta ambulante desde las dos de la madrugada, alquilando palomas del amor que se coloquen en las esquinas ofreciendo morapio al transeunte.

Será delicioso contemplar á Venus junto á Fornos brindando al público peleón.

Perfectamente legal el tráfico de puertas

LOS VINOS DE OSMA, por Tovar.



—¿No le parece á usted, amigo Osma, que este vino huele mal?
—Es que está fermentando.

afuera, ya que la autoridad pone coto de puertas adentro, no hallaré extraño que á lo mejor, cualquier delegado del gobernador, se acerque á la pipa de las delegadas del tabernero y á chupar tocan...

**

Lo que verdaderamente saca el ombligo de su centro á los que discurren bien, es el topetazo á los establecimientos del moka caracolillo y leche.

A la disposición contra los cafés no les encuentro la tostada. El único que la entiende es Lacierva.

Allí, sobre la mesa de mármol, se discute el frenillo que todavía conserva el marqués de Vadillo, la angulosidad de Toca, el terno de temporada de Vega Armijo, el espíritu que inflama las decisiones de Osma, el arpa somnolienta de Rodríguez Sampedro, las viradas de Ferrándiz, el último merengue de Moret, los juanetes de Dávila, los fomentos privados de Besada y allí, hasta á Weyler lo ponen nuevo, formándose opinión.

Y D. Juan, *vivillo* él si de política se trata, realiza la desbandada, desuniendo los átomos, aferrado al principio: «divide y vencerás», que aprendió en el undécimo año de bachiller, sexto de fumar pitillos.

Por ahí dice Lacierva que pretende regenerar el país.

Detrás, asegura que vendrá el abarataamiento del pan, de los huevos, etc., etc., es decir, una bajada general...

¡Jauja!

Aunque para nosotros está enredada la madeja, Lacierva la tiene hecha ovillos, y pregona D. Juan que el que quiera convenirse puede palparlos.

De fijo, no sale quien se los deslíe...

Gonzalo DE QUIRÓS

LOS "PALETOS,,

Estos *paletos* en que nos vamos á ocupar no son esas sencillas gentes de los pueblos que vienen á Madrid á sorprenderse de todo y á maravillarse por nada.

Estos *paletos* son los hijos de La Cierva, porque La Cierva es quien los crea, aunque no los críe; son los nuevos policías, llamados así, como podía llamárseles *gamcs* ó *cervatillos*, por ser hijos naturales, legítimos, políticos y espirituales de La Cierva.

De la misma manera que á los policías salientes se les llamaba *cargueños*, sin duda por no llamarles *cargantes*, ó porque eran única y exclusivamente una *carga* para el Estado, así á los entrantes se les llamará *paletos*, atendiendo á la clasificación zoológica que por su origen les corresponde, y la cual es mucho más *lógica* que *zoo*.

Los *cargueños*, ¡pobrecillos! bien sabe Dios que sienten con toda mi alma las cesantías de que son víctimas; pero hasta que lo sienta tanto como he sentido los nombramientos que disfrutan, tengo que sufrir mucho.

Yo supongo que los *paletos* nonnatos, porque para



nacer tienen que examinarse, serán otra cosa; y de no ser así, más vale que se eternicen en su actual *gestación empírica*.

La nueva policía, de ser efectivamente nueva, promete ser bastante más racional que la ex-policía; ya se ha comenzado por dar fajín á los jefes de distrito, como símbolo de que se les quiere meter en cintura, y esto siempre es una garantía.

Lo feliz y saludable de la reforma de la policía no admite regateos, y de llevarse á efecto con toda la eficacia de los propósitos del ministro no cabe dudar de que en la sociedad madrileña va á operarse un trastorno enorme.

Por de pronto, dos ó tres mil muchachos de familias decentes y acomodadas, que parecía que no iban á servir nunca para nada, se han puesto á estudiar sin descanso con el fin de ingresar en el cuerpo de vigilancia, ya dignificado hasta el punto de que se le puede confundir con el cuerpo diplomático.

Ayer visité á la viuda de un viejo amigo mío que tiene un hijo de treinta años que se la ha comido un costado, y al entrar me dijo con mucho misterio:

—Amigo Méndez, hable usted bajito, porque mi Manolín está estudiando las Siete Partidas serranas de Alfonso el Sabio, que en su santa gloria esté, y cualquier ruido le distrae.

—¡Señora, — repuse yo en un tono que no me oía ni mi bigote — me llena usted de júbilo y de sorpresa!... ¡Manolín estudiando! ¿Y cómo ha podido usted convencerle?

—Ha salido de él. Quiere ingresar en la policía.

—Pues la felicito á usted, porque como consiga entrar y se le caiga una erre, será una gloria nacional.

—No comprendo.



—Sí, Manolín ha sido toda su vida un gorrón, con mayúscula, y si se le cae la erre que yo digo, después de ingresar en la policía será el Gorón español.

Después fui á otra casa, donde me recibieron con gran rebozo.

—¿No sabe usted la novedad?—me dijeron.

—No sé.

—Pues que Juanito se ha decidido por fin á hacer algo, y se está preparando.

—Para la policía, ¿eh?—pregunté yo, dándomelas de adivinador.

—¡Quiá, hombre, quiá!... ¡Para carterista!

—¿Para carterista?

—¡Es claro, hombre, es claro! Usted no se entera de nada; ¡parece mentira que escriba usted en los periódicos!

—¿Pero para robar carteras?

—Naturalmente. Y tiene unas condiciones excelentes: ha hecho progresos rapidísimos; en cuatro ó cinco sesiones que lleva de preparación, ya le quita la cartera, sin sentirlo, al mismísimo San Pedro (Rodríguez), que es el que más agarrada la tiene.

—Pues, señores, no lo entiendo.

—Pero, hombre, ¿usted no sabe que se va á reformar la policía, y que todos sus individuos serán hombres cultos, finos y bien educados?

—Sí.

—¿Usted no sabe el nuevo sistema penitenciario que Salillas ha implantado en la Cárcel Modelo?

—Sí.

—Pues bien. Con esa policía tan amena y con ese sistema penitenciario tan agradable, ¿cree usted que hay



oficio más lucrativo y más cómodo que el de carterista?
—Me hace usted dudar.

—Antes era imposible, porque los policías eran unos groseros y había algunos que pedían la mayor parte de cada negocio. ¿Pero ahora? Ahora han cambiado mucho las cosas. Ahora, amigo mío, se está mejor en la cárcel que en el Hotel de París, ¡ya lo creo! ¡Qué más quisiera el dueño del hotel que ser tan fino como Salillas para sus huéspedes!

Yo me he convencido.

Desde ahora advierto que, como me silben dos zarzuelas que pienso estrenar en esta temporada, ó me fracase la venta de tres libros que tengo en preparación, me dedico á robar relojes.

En cuanto á los *paletos*, diremos la palabra sacramental, siempre que de paletos se trata:

¡Bien venidos!

Si vienen

Félix MÉNDEZ.

COPPLICAS

Ahí le mando esas *coplicas pá* que las cante la Arana y *pá* que balle de gusto el público al *escu-chalas*.

El día que yo me muera
vete al *cimiterio*, maño,
y acerca el hocico al hoyo
pá que charlemos un rato.

Me juraste amor eterno
y hoy me niegas el saludo.
¡Los he visto sinvergüenzas,
pero como tú, *nenguno!*

De *veinticinco* mujeres
saldrá *güena una* mujer.
¡De *veinticinco* varones
salen malos *veintiséis!*

Si quieres casarte á gusto
busca, chica, un carbonero.
Así tendrás dos maridos:
uno *blanco* y otro *negro*.

¡*Miá* tú que es malo el demonio!

No se está quieto media hora:
cuando no tiene que hacer..
con el rabo mata moscas.

Tu cariño era mi vida
y me negaste el querer.
¡Ojalá pidas limosna
y ojalá no te la dén!

«¡Dios te libre de dos cosas!...»
me dijo al morir mi madre.
«¡De una mujer que no lllore
y un hombre que no trabaje!»

Viendo á su marido en cueros
buscó Juana cuatro duros;
y se los gastó ayer tarde..
en una manta *pá* el burro.

Al que no fume ni beba
ni á su tiempo suelte un taco,
aunque en cruz se me arrodille
le contesto que... *¡pá el gato!*

Dos cosas hay en el mundo
que dan ganas de llorar:
¡un canario en una jaula,
y un ladrón en *libertá!*

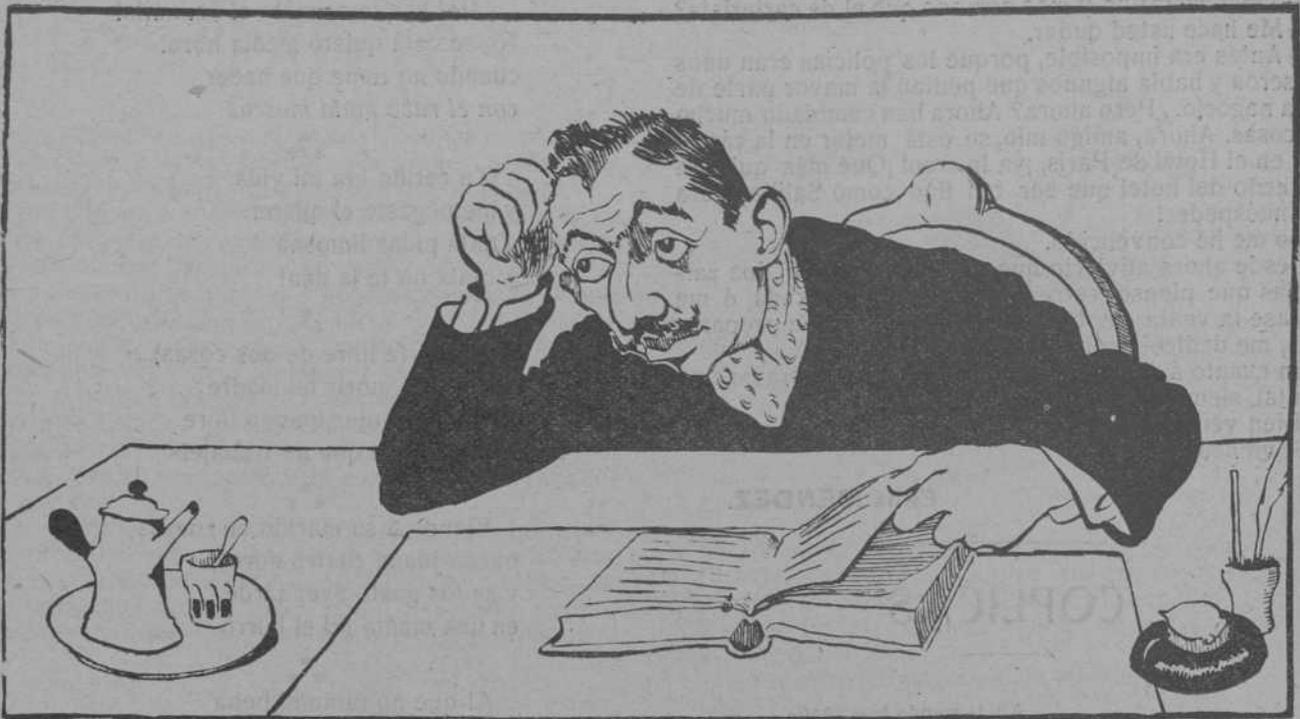
Los matrimonios de moda
se pasean al revés:
él va *cogio* del brazo
y ella va tirando de él.

Dos animales caseros
son de lo más necesario:
el gato, *pá* los ratones,
y *el marido*, *pá* espantajo.

A un águila soberbiosa
le dijo un pobre *gurrion*:
á volar me enseñas tú;
lá vivir te enseño yo!

José JACKSON VEYAN.





LA TIPLE LIGERA

¿Cómo quieres que no estalle,
si mi vida es imposible
en el infierno terrible
de mi calle?... ¿Que me calle?

No ¡pardiez! Nada me cuesta
en estilo estafalario
elear al vecindario
mi más rotunda protesta.

¿Por qué mi vecina, la
que vive frente a mi casa,

cantando la vida pasa?
¿Por qué no se callará?

¿Por qué, señor, no se enferma
ó se muere, me es lo mismo,
la que ha soñado ¡oh, cinismo!
con eclipsar á la Leima?

Estudiar mientras la tiple
entona el canto de El roble,
no es una desgracia doble,
que es una desgracia triple.

Porque si cantase bien,
me verían hecho un mudo;





pero ¡si al dar un agudo
parece que arranca el tren!

Si ayer tuve una visita
y al cantar la desgraciada,
dijo la visita: «Nada...
un ataque... ¡pobrecita!»

Si hoy mismo mi amigo Hierro
la oyó cantar y me dijo:
«¡Buena lata tienes, hijo,
con la vecindad del perro!»

En suma, que el otro día
cantaba de modo tal
que hizo entrar en el portal
á un cabo de policía.

En la calle luego, un corro
con ansia le preguntaba:

«¿Es álguien que se mataba?
¿Por qué pedían socorro?»

El cabo con cara fiera
al punto la espalda dió
y, corrido, contestó:
«¡Es una triple ligera!»

Y repuso una criada:
«¿Ligera la señorita
que está grita que te grita?
¡Si no la vi más pesada!»

Francisco DE IRACHETA

LA COMEDIA HUMANA

UN MARIDO Á PRUEBA

(Son las diez de la noche. Ella regresa sonriente de casa de su hermana, donde ha comido. Él lee un periódico, como para matar el tiempo.)

EL MARIDO.—¡Vienes alegre!

LA MUJER.—No te lo oculto. ¿Y á que no sabes por qué?

ÉL.—¿Que sé yo? ¡Alguna broma de mi cuñado!

ELLA.—¿Broma? Prefiero decírtelo. ¡Le ha dado un bofetón á mi hermana! ¿Qué te parece?

ÉL.—¡Demonio! ¡Eso es grave!

ELLA.—Un bofetón tan tremendo que se ha oído en toda la casa. Pepe quería la luz á la izquierda porque está malo de la vista; Carmen, á la derecha, por llevarle la contraria. Uno la ponía; otro la quitaba. A la sexta ó séptima vez, Carmen ha plantado la lámpara en medio de la mesa. Pepe la ha dejado hacer... (Ríe.) Me río de la cara que puso Carmen cuando Pepe, indignado, la dió un bofetón; me río, pero en el fondo estoy indignada con Pepe, porque el hombre que pega á una mujer es un indecente.

ÉL.—Muchas veces, sí.

ELLA.—¿Cómo muchas veces? Dí siempre. El hombre que pega á una mujer, á pesar de tu opinión, es un sinvergüenza, un sinvergüenza, ¿comprendes?

ÉL.—Cuando no se ve obligado á acudir á ese extremo...

ELLA.—¿Qué dices? No creo que debes defender la conducta de Pepe.

ÉL.—No. Pero en ocasiones... las circunstancias...

ELLA.—¡Me gusta! ¡Pues hijo, no parece sino que hablas como si estuvieras en ese caso!

ÉL. (riendo con bondad).—¡Ah! ¡No!

ELLA.—¿Por qué te ríes al decir eso?

ÉL.—Mujer, me río como te reías tú hace poco, pensando en la broma de Pepe.

ELLA.—¿Ah, una broma? ¿Con que eso te parece una broma? ¡Así sóis todos los hombres!... ¡Naturalmente! ¡Tú harías otro tanto! ¡No es la voluntad lo que te falta!

ÉL.—¿Y qué cosa me falta?

ELLA.—El coraje... ¿Es verdad que yo no soy tan fastidiosa como mi hermana?...

ÉL.—Eso sí que no: hay que reconocerlo.

ELLA.—Parece que lo dices con cierto aire... No, pues si tú te atrevieras á decirme en mi cara que soy fastidiosa...

ÉL. (con paciencia).—No, mujer; si te digo que no... Hay días que te gusta hacerme rabiar.

ELLA.—¿Yo? Habla, hombre, habla. No te hagas la víctima. ¿Con que me gusta hacerte rabiar?

ÉL. (dulcemente).—Vamos, no seas tonta; esta misma mañana, acuérdate, te obstinabas en decirme que Thuillier era rubio, cuando todo el mundo sabe que es moreno.

ELLA.—¡Y es rubio!

ÉL.—Te digo que estás obcecada. Es moreno.

ELLA.—Y yo te digo que es rubio.

ÉL. (cediendo).—Está bien: es rubio.

ELLA.—No, no me des la razón como á las locas. Transiges por no confesar que te has equivocado.

ÉL. (con paciencia).—Bien, me he equivocado.

ELLA.—Lo dices con la boca chiquita... Otro, en tu puesto, diría: «Mujercita, pequeñita, te pido perdón por

haberte llevado la contraria: Thuillier es rubio, efectivamente...»

ÉL (*perdiendo un poco la paciencia*).—Sí, sí, sí; pero ya basta, te lo ruego. ¿Tú quieres que sea rubio? ¡Es rubio! ¿Lo quieres verde? ¡Verde!

ELLA.—¿Verde? ¡Ah! ¿Tú crees que hablas con una



estúpida? Esas cosas te pasan por hablar de las personas sin conocerlas.

ÉL.—¡Pero si ya te he dicho esta mañana veinte veces que lo conozco, que he hablado con él!

ELLA.—¿Dónde, dónde?

ÉL.—Mira, vámonos á acostar, que es tarde.

ELLA.—Sí, pero no me contestas dónde le has conocido. (*El marido pasea sin hablar por la habitación.*) Sería de mejor educación que me respondieses, que á un grillo, con ser grillo, se le escucha.

ÉL (*procurando calmarse*).—Te lo he dicho, que una noche me lo presentaron en el teatro, en un entreacto.

ELLA.—¿Y te pareció que era moreno?

ÉL (*con los puños cerrados y la mirada puesta en alto*).—¡Oh!...

ELLA.—Sí, con decir «¡Oh!»... y apretarte los puños de rabia, no me respondes.

ÉL.—¿Pero qué quieres que te diga?

ELLA.—¡Que tengo razón!

ÉL.—¡Pero si ya te lo he dicho dos veces, criatura! Mira, me duele mucho la cabeza. Vámonos á acostar.

ELLA.—Sí, ahora te pones malo porque es más cómodo para ti. ¡Como si yo no estuviese mareada de verte dar vueltas y vueltas hace más de media hora!... A mí ¿qué me importa si es rubio ó es moreno? Pero quiero saber por qué te obstinas en decir que es moreno.

ÉL.—¡Pero si reconozco que es rubio! ¿Quieres dejarme en paz? (*Se dirige hacia el gabinete*)

ELLA (*siguiéndole*).—Tu tranquilidad me irrita, me pone nerviosa. (*El marido se dispone á marcharse al comedor.*) Yo prefiero los caracteres vivos, violentos; tienen un momento de cólera furiosa, ciega; en un pronto no saben lo que hacen; pero, al menos, en cuanto se desahogan, ya todo pasó: no son nadie, como le ocurre á mi cuñado Pepe, por ejemplo.

ÉL.—Vamos, ya lo comprendo.

ELLA.—¿Qué quieres decir con eso, di?

ÉL.—Nada, nada; yo me entiendo y es bastante (*Se dirige hacia el pasillo.*)

Ella (*siguiéndole*).—¡Ah! ¿Tú apruebas lo que ha hecho Pepe porque ha pegado á su mujer? ¡Tú quieres imitarle! ¡No tienes tú carácter para eso! ¡Cuidadito!

ÉL (*todavía dueño de su voluntad*).—Mira, Julia, mira lo que tengo en este ojo.

ELLA.—Anda y déjame en paz. ¡Pues no quiere pegarme porque Thuillier es rubio! ¡Prueba!

ÉL (*furibundo*).—¡Oh!... (*Se dirige al balcón.*)

ELLA (*siguiéndole*).—¿Tú eres de aquellos que pegan á las mujeres? ¡Qué bonito! ¡Anda! ¡Empieza conmigo! (*Él abre el balcón.*) Sí, sí, es rubio... Tócame: es rubio. (*El marido cierra el balcón y se dirige al recibimiento*) Anda, hombre; ¿para cuándo lo dejas? Pégame ahora que estamos solos.

ÉL (*perdiendo la cabeza*).—No me hagas cometer un disparate... ¡Mira!...

ELLA.—¡Es rubio! ¡Es rubio!

ÉL.—¡Una!... ¡Dos!...

ELLA.—¡Rubio! ¡Rubio! ¡Rubio!



ÉL.—¡Y tres! (*Suena un tremendo bofetón.*)

(*Pausa.*) (*Él permanece silencioso, absorto ante lo que acaba de hacer. Ella llora copiosamente.*)

ÉL (*conciliado*).—Perdóname, Julia. Yo te lo ruego

ELLA (*sollozando*).—No, nene mío, no. Yo soy la que tiene la culpa... la equivocada... Ahora recuerdo. ¡He confundido á Thuillier con la Fornarina!... ¡Perdón, rico!

Luis GABALDON.

ADVERTENCIA

Desde el próximo número comenzaremos á dar en nuestra portada caricaturas, hechas por Tovar, de las personalidades más salientes de la literatura, del arte y del periodismo, alternándolas con las de los jóvenes que se distinguen dentro del mencionado campo de acción.

Carlos Miranda es el encargado del aticismo rimándolas cosas, agradables seguramente al paladar del público.

HABLANDO CON EL BOMBERO...

INFORMACION TEATRAL

Hoy tengo que dar de mano á las novedades teatrales, que además de ser escasas, huelen mal como los remos de Dávila y el estreno de Eslava á Paso de carga, y entregarme por completo al amigo *Bombero* enamorado de la linda *Florista* que le tiene derretido el casco y mustios los inconmensurables mostachos.

de cuerda hacia la muchacha procurando treparla. Yo me comía las uñas sabiendo que la llama del amor ardía bajo el corsé de Rita, que así se llama la hermosa, y no me dejaba arrimar á apagarla. ¡Recontra! Indudablemente, Rita, surcada ya de Cupido, se burlaba de mí, mientras á bandera desplegada se rendía á los demás



Rita, la florista.



Mi interlocutor.

—Deje usted, *Yago* de mis *interwies*, —dice el cuitado á los señores de telón adentro, y escuche lo que cae por fuera.

Yo abro los *clisos* y espero no sin alguna impaciencia que rompa á hablar mi amigo.

—Pues sí, —agrega, poniéndose á lo truhán la dorada escupidera que cubre su cabeza. —Vi á la chica, esa jaquilla de cabos negros que pasea la sala, y quedé en ascuas. Le hablé, sonrió, y al contemplar sus ojos de fuego pensé: «A esta barbiana le enchufo yo la manga»

Echo los dedos al bigote para disimular la risa y aguardo lo que viene detrás.

—Señoritos arriba, señoritos abajo, pagando, *primos*, el nardo oloroso, creí cosa fácil la conquista. ¡Quí! La indina escurría el bulto siempre que yo tendía la escala

que la ofrecían dinero. Y esto me indignaba, hasta el punto de decidirme á olvidarla...

—Bueno, pues en paz, —repliqué, disponiéndome á marchar.

—Aguarde, señor *Yago*, el final... Después de dos semanas, anoche, al terminar la función, la encontré á boca de jarro en el pasillo de los palcos entresuelos, y traté de huir. Ella me detuvo. «¿A dónde vas?» me preguntó. «Al Infierno, á ver si hacen falta mis servicios», la dije. «Es temprano — repuso —. No me acostumbro á las doce y media de Lacierva. ¿Quieres una flor?» Me dió un capullo, lo cogí y ¡ay!...

El *Bombero* entornó los párpados.

—¿Y bien?

--Nada, que saqué el capullo deshecho...

YAGO.

PARLETA

LAS AMAZONAS DEL HACHA

He puesto de mala gana este título, que por su brevedad he preferido á estos otros dos, que me gustaban más: *Apuntes para la historia del feminismo español* ó *Unas cuantas notas para un estudio de psicología de las multitudes femeninas*.

La razón de lo que acabo de manifestar salta á la vista con leer lo que sigue.

Cuentan las crónicas que allá, por el siglo XII, Tortosa, conquistada á los moros por el conde Ramón Berenguer IV, y en ausencia de éste, que andaba distraído en las conquistas de las plazas de Lérida y Fraga, se vió en grave peligro de caer otra vez en poder de los infieles, que la habían sitiado.

El asedio llegó á ser tan terrible y el apuro de los de Tortosa tan grave que los sitiados acordaron imitar á las héroes de Sagunto y de Numancia, entregándose á las llamas antes que rendirse. Las mujeres tortosinas fueron de opinión contraria é hicieron desistir á los hombres de sus ideas de grandeza suicida, y les convencieron de que debían realizar una salida contra los moros, mientras ellas, todas juntas, defenderían los muros con toda clase de armas y aturdirían al enemigo produciendo el mayor estrépito posible para hacerle creer que estaban en número imponente los defensores de la plaza. ¿Verdad que este pensamiento es grande? ¿Verdad que parece increíble que idea tan razonable surgiera en cerebro de mujer?

Con mayor motivo, cuando los tortosinos hicieron su salida, las mujeres defendieron con bizarría las murallas y aturdieron—¡cómo no iban á aturdir siendo mujeres!—á las huestes contrarias, y el éxito más lisonjero coronó su hazaña...

Pero ahora hay que hacer resaltar lo que ocurrió después, porque puede servir mucho para estudiar la psicología de la colectividad femenina.

Enterado el conde de la sagacidad y el arrojo de tales matronas, decidió concederlas varios privilegios y distinciones, entre las cuales primeramente ordenó «para conservación y memoria de tan grandiosa hazaña, que todas las mujeres trajesen sobre

su ropa un hacha de armas, de carmesí ó de grana, y aquella se pusiese sobre una vestidura hecha como un escapulario de fraile, lego ó barbudo de la cartuja, á la cual ropa dieron el nombre de *pasatiempo*, que parecía representar una sobrevesta militar», según cuenta Martorell y Luna, en el capítulo XXVI del Libro I de su *Historia de Tortosa*, tomándolo de los diálogos que en catalán compuso Cristóbal Despuig á mitad del siglo XVI.

Por esta hazaña se las llamó amazonas.

Cualquiera pensará que la costumbre de ostentar una insignia tan honrosa como la citada sería seguida durante muchos siglos, y que al menos las mujeres cuidarían de que un recuerdo que las enaltecía llegase claro y preciso, si no hasta nuestros días, que hubiese sido increíble constancia en ellas, si hasta uno ó dos de los últimos siglos. ¡Quíá!

La costumbre de lucir el *pasatiempo*—¡vaya un nombrecito que fueron á ponerle á la insignia! Es un retrato de mujer—duró hasta fines del siglo XIV.

Más tarde, como mujeres, se volvieron más prácticas, y las de Tortosa obtuvieron de Felipe IV, hacia la mitad del siglo XVII, un privilegio que dice así:

«Habiéndonos representado nuestra fidelísima y ejemplar ciudad de Tortosa que las mujeres procedieron... (suprimo algunas líneas encomiásticas que no tienen relación con el hecho que se comenta) como los soldados más valerosos...; suplicándonos que en consideración de esto seamos servido hacerles merced á dichas mujeres de concederles franqueza de los derechos de general y bolla á todo género de vestidos, así de seda y lana como de lino, que comprasen ó entrasen en dicha ciudad para el uso de ellas, así para las que son como las que serán perpetuamente, y teniendo presente lo expresado, hemos condescendido con la petición.» En eso paró todo.

En no mentar en la exposición al rey la hazaña de sus antepasadas sin sentir que el monarca omitiese la mención de aquella en el privilegio; en abandonar por completo el uso del *pasatiempo*, y en pedir *franqueza de los derechos de general y bolla á sus vestidos*...

¡Y luego dicen que la mujer práctica no se ha conocido hasta el siglo XIX!

El Bachiller CORCHUELO.



BUZÓN

Valencia. Nachbarin.— ¡Ché! Ha cogido usted el santoral, lo ha vaciado en las cuartillas y ¡pataplum! lo manda, sin pensar que, después de cargármelo, voy á Leganés. No, hijo. Once churreles reclaman mi salud. Pero como tiene usted fibra festiva, repita varias veces, y de cierto le digo que cuele.

Lemosín.— «Con afán incierto y vago propúseme yo indagar de algún cariño el amago para en tí ya no pensar.»

Bueno. Adiós.

Un aragonés. — Zaragoza. — Alfonso.— «Soverano», «deliverado» y «pruevas» se escribe con *b* de burro. No desmaye por eso y solicite ayuda de la Pilarica, que no le abandonará.

R. G. C.— Tiene intención. Es preciso galanura. Pula el estilo y le daré hospitalidad.

A. B.— No tema la burla de sus compañeros, joven. *El llanto de Rosa* demuestra aptitudes. Siga.

Señorita X.— La composición *Enseñando la liga* está admirablemente escrita, pero es una porquería. FLORES CORDIALES no admite desahogos pornográficos, cosa muy distinta de los picarescos. Usted, señorita, irá á parar á alguna barraca de saltimbanquis.

J. Salazar.— Aprovecharé alguno de sus cantares. El artículo veo que puede usted hacerlo mejor y espero.

E. y J. Ch. R.— Están ustedes en camino de poetizar correctamente. Afinen la puntería, que tanto sirve para la guerra (ya sé que son sargentos) como para la rima, y procuren muchos impactos.

Severo de Leganés.— Al coger su escalofrío, he sentido que las cuartillas me recorrían la espalda. Catorce zopencos de papel le rompen los pliegos á cualquiera, aunque la *Oda* sea de filigranas.

Escriba romances de ciego y no *Oda*.

G.— Su estilo es del que tiene costumbre de fabricar cosas muy aceptables. El *Madrigal*, flojillo. La prosa, triste, y lo siento, porque es buena. *Al despertar* quizás vaya.

L. M.— Busque asuntos originales y huya de escabro-

sidades, mientras no adquiera el arte de adórnarlas con galanura que las haga soportables. Trabaje.

Mateo el Rubio.— Quedo turulado. ¡Un soneto que titula *Pescando*, de diez y nueve versos! Ya lo dijo el padre Coloma, definiendo la caña de pescar: «Por un lado un anzuelo, por el otro un tonto.»

R. A.— No nos hable usted de cementerios y de agonías, se lo ruego. Todos los que empiezan así acaban por morder de murria. Ría, ría siempre.

T. V.— ¡Filosófico estáis! Margarita, la hermosa y agraciada joven de diez y ocho primaveras se enfadaría si aquí publicáramos lo que usted envía. La chica merece bastante más y usted lo hará seguramente.

Vejo.— ¿Ha medido usted su composición *A Evelina* á cántaros? ¡Agua va! Arrímese, cariñoso, á la retórica y mande.

J. S. R.— Si usted me jura que la *Historia de un botón* es original, entrará.

El Autor.

«Era mi padre mú bueno,
mi madre no conocí,
por eso rezo por mí
con ese son que tenemos
todos de Valladolid.»

No dirá el amigo que le niego hospitalidad. No pierda los bríos y le ayudaremos.

L. U.— Siento no haber visto á tiempo lo que dedica á Monasterio. Pasó la oportunidad; tenga paciencia.

A. Ibanco. — Melilla.

«Es la pulpa ermosa de tus caveyos
cual la luna seieste que aparese.
De tus dientes hermosos los desteyos
parecen las estreyas en el sieilo.
Y tu voz melodiosa queso nando
me toca con sus ecos el corasón,
me parece un sucirro, una cansión,
que entona los hangeles del sieilo.

De tus lavios el rogo, es el consuelo,
que tiñe de púlpura mi cara.
Y tus manos son manos de reina
jugando con mi amor á la vara ga.»

Nadie dirá que no está usted completamente virgen de los cinco sentidos. No vaya usted, joven, al campo moro.

ROLANDO.

Los fotograbados de FLORES CORDIALES, son de Durá y Compañía.

CHARADA

Tan gordo y *prima tercera*
se ha puesto mi amigo *todo*,
que su retrato *primera*
segunda no conociera
á mi amigo por tal modo.

MISTER-IBIOS.

Droguería y Perfumería y Fábrica de Barnices
DE Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia civil y Carabineros. Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.
90, CALLE DE TOLEDO, 90 (FRENTE Á LA FUENTECILLA)

MADRID

SOLUCIÓN SANCHEZ SANTANA

DE GLICEROFOSFATO DE CAL CREOSOTAL

TERPINOL Y QUINA, 2 ptas. frasco.

Es el tratamiento más racional y científico para curar los catarros agudos y crónicos, la tuberculosis en su primer y segundo grados, la debilidad y raquitismo; 2 pesetas frasco en todas las farmacias y en el Laboratorio del Dr. Sánchez Santana, Pez, 11 y Arenal, 15.

SOLUCIÓN BENEDICTO

de glicerofostato
de cal cón

CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMENARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.